



ARTHUR SCHNITZLER
Apuesta al amanecer
 Traducción de Miguel Sáenz.
 El Acantilado, Barcelona, 2000.
 148 páginas, 1.300 pesetas.

El imperio austro-húngaro finisecular ha tenido muchos cronistas brillantes. Desde Hugo von Hofmannsthal, los hermanos Zweig, Robert Musil, Joseph Roth, hasta los más jóvenes, el malogrado Ödön von Horvath o el sobrevalorado Sándor Márai, todos describen con más o menos deje melancólico la decadencia de un mundo anacrónico, que gira en alegres vales alrededor de la fastuosa Corte imperial. Nadie como Arthur Schnitzler, sin embargo, ha sabido analizar con tanta

La vida es juego



agudeza y escepticismo a la burguesía vienesa, a la que pertenecía. Sirviéndose del psicoanálisis de Freud, examina –sin prejuicios, sin afán moralizante– los sentimientos, las costumbres y, sobre todo, las relaciones eróticas de baronesas y coristas, médicos y tenientes, rentistas e institutrices.

La presente novela corta, publicada en 1927, y reeditada en España en una colección dedicada últimamente a rescatar las mejores obras de Schnitzler, se centra en la figura de un joven alférez y ofrece una reflexión amarga sobre los absurdos códigos de honor que rigen la vida de los militares. Wilhelm Kasda, un modesto cumplidor alférez sin dinero ni título, se propone ganar a las cartas una considerable suma que un amigo ha desfalcado para sacar a éste del apuro. Tras una noche de juego favorable, arriesga todas sus ganancias y se endeuda sin remisión. En la ca-

rrera contrarreloj para conseguir el dinero –«Las deudas de honor deben pagarse en un plazo de veinticuatro horas»– está forzado a repetir las mismas humillantes visitas rogativas que su amigo el día anterior y, finalmente, se pega un tiro para salvar su honor.

Varios golpes de azar determinan la suerte de Kasda. Esta lógica del azar es la que precisamente pone en evidencia lo arbitrario y discontinuo de la realidad. La vida del alférez, como la de tantos jóvenes entregados en cuerpo y alma a la carrera militar, no conoce otro propósito que seguir las convenciones de honrra y honor de su estado y su clase. Por eso se somete sin rechistar a las reglas del juego que le destruyen. Schnitzler, con su interés por las víctimas sociales de la monarquía austrohúngara, intercala un episodio amoroso de un cinisimo poco común, donde contrapone el honor del militar al ho-

nor de una prostituta. En su busca desesperada de dinero, Kasda se dirige a la rica mujer de su tío, que resulta ser la florista con la que una vez pasó una noche loca. Ésta ahora le hace pagar con la misma moneda. Para conseguir el dinero, Kasda tiene que acostarse con su tía, quien friamente, al despedirse al amanecer, le deja un billete sobre la mesa. La maestría narrativa de Schnitzler hace en todo momento las delicias del lector hasta la escena final, donde se resume poéticamente la vacua existencia del protagonista: «Robert Wilram, que seguía de rodillas ante su sobrino muerto, dejó vagar su mirada por la habitación. Sólo entonces observó la mesa con los restos de la cena, los platos, las botellas, las copas. En el fondo de una de ellas brillaba aún algo dorado y húmedo».

C. Drey Müller

